



EL LIBERTADOR

SIMON BOLIVAR

FOR EL DOCTOR

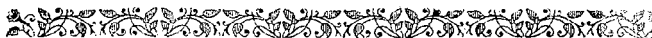
MIGUEL GABRIEL GARCES

EL 10 DE AGOSTO DE 1890.

IBARRA.

Imprenta Municipal.





Ubi, spiritus Domini, ibi libertas.
Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad.
Paul. 2^a ad Cor. cap. 3^o

SEÑORES:

ENTRE las que llamamos los pobres humanos grandiosas creaciones ó transformaciones de los pueblos, costumbre es de Dios elegir para é llo algo que sea grande. La infinita Providencia en su sabiduría eterna no se desdena dar el impulso primario por medio de estos instrumentos á los sucesos morales que se desarrollan en este oscuro y pequeño planeta en que vivimos. El hombre rodea de importancia á estas sublimes vagatelas, y como el que os habla es también hombre, me permitiréis todos que en el día solemne de hoy participe de vuestro gozo y me entusiasme con vosotros ante estas figurillas elásticas en su porte y que forman el placer y hasta el orgullo del gran Niño de este mundo, que es el mismo hombre. No desprecio el asunto de hoy ¡libreme el cielo de é llo!; solamente intento filosofar sobre é l en provecho vuestro.

LA grandeza de los héroes y de sus cosas no está en los principios sino en las consecuencias, no en sus acciones sino en los resultados, no en los sentimientos, sino en el último objeto de é llos. Esta filosofía, Señores, nos conducirá á apreciar en su verdadero valor á los hombres y sus actos en relación con la verdadera y única grandeza que viene de Dios: porque escrito está que toda dádiva óptima y todo don perfecto descienden de allá arriba, del Padre de las Lumbres. La augusta religión representa á

se Padre adorable de la Luz; y lo que élla no engrandece, queda pequeño, miserable, raquítico, despreciable. Solo la Religión puede crear y ha creado el genio de lo bueno, de lo bello y de lo grande. Donde ella no resplandeció, el hombre es un fenómeno, un monstruo, una esfinge misteriosa: donde ella se dignó hacerse presente, allí está el héroe, el gigante, el coloso.

Los Ciro y Semíramis, los Nabucos, los Alejandro y los Faraones fundaron imperios en el tiempo que barrió para siempre el polvo de los siglos. Cesar, la figura más saliente del Romano Imperio, fué el déspota que abrió el camino á los Neronos, Tiberios, Caracalos y Calígulas: ¡no creían en Dios!; y hubo en sus obras la fiereza y despecho de Caín. En las deprecaciones del mal, el Mal cuenta con sus primogénitos. Allí vemos lo que cae y se derrumba; jamás lo que crece y se levanta. Atila, Genserico y Gengis-Kan son el azote bárbaro de la humanidad. Esta no se levanta de su abyecta postración, ni rompe las ligaduras de su cautiverio; sino con los genios de la buena Nueva, el Cristianismo. En el sagrado recinto del inmenso templo de la Religión se hallan fundidos por su mano potente en bronce de mil ochocientos años de prueba las estatuas inmortales de los Constantinos, Teodosios, Marcianos, Alfredos, Carlomagnos, Godofredos, Tancredos, Bohemundos, Colón y García Moreno el Grande: sobre sus atrios exteriores se admiran las formas delineadas de Napoleón, de Wahsingthon y de Bolívar. El más próximo á entrar en el *sancta sanctorum* de ese templo es el último. Su fe, su constancia, su valor y sus fines no le constituyen una profana grandeza; aun lo adopta y consagra la Religión como á hijo suyo. Es el primogénito de la libertad católica; es el fundador más puro del bien estar del nuevo mundo de Colón. Su espíritu le formó un héroe, la Religión le hizo grande. Estas dos reflexiones serán el objeto de vuestra atención en el día que solemnizan los que aman su Patria.

I. LA acción de la Divina Providencia sobre el hombre es la de una perfección lenta y progresiva. En la resolución de los problemas morales y físicos existe una dife-

rencia esencial; los primeros tocan al alma, imagen vívida de Dios, los segundos al cuerpo formado de barro: uno y otro reunidos constituyen la civilización y el progreso de la humanidad. Todo lo que toca al espíritu se engrandece, porque él es grande; todo lo que toca al cuerpo animado pertenece á lo útil, que no va mas allá de la atmósfera de polvo que nos envuelve: estas son las artes, las ciencias físicas, los inventos: parece que palpan una gloria, mas esa gloria está hecha de lodo. En la esfera moral no es así. El que está preordinado á ser genio, se alza gallardo, se sublima, se pierde en el zenit del firmamento, y su aureola de gloria es parte del disco de lumbre, que forma la diadema de Dios.—Señores, os convido á que subais conmigo á regiones superiores: dejad esta capa de limo y el pesado horizonte que lo cubre, donde las pasiones humanas obtenebrecen y matan todo cuanto hay de noble, de grandioso, de excelso. No vamos á visitar á los Gutemberg, Franklin, Morse ni á los Edison, hombres ilustrados, sí, pero por la casualidad; estos se hallan siempre en las faldas de la materia; ascendemos hoy á las enhiestas cumbres del mérito, donde calcan con sus pies lo supremo del arte, y esconden los héroes sus frentes en la esfera de lo infinito. Allí se distingue el gran Simon Bolívar.

NADA hay mas alto, nada mas excelso y venerando, que el ideal soberano de la Libertad. La corona de honor que ciñó la noble frente del hombre primitivo fue su libertad: el primer abuso de esta facultad divina que lo hacía el fácil monarca del universo determinó su caída, siendo su pecado el dogal de acero que lo inclinó ¡miserable! á las patas de las bestias: *homo cum in honore esset non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus, et factus est similis illis.*—La humanidad peregrinó desde entónces y por cuatro mil años cubierta con los harapos del mendigo y la abyección estúpida del esclavo: el terror y el despotismo fuéron los capataces de esa raza degradada. Desde el dintel del Paraíso donde se meció la cuna de su gloria al lado mismo del patíbulo de su ignominia, navegó por cuarenta centurias en el borrascoso pielago de los tiempos sin timón y sin velas, siendo el ludibrio de las ciegas artes, de la ti-

ranía y de los bajos nefandos de la barbarie feroz. Las generaciones humanas sumidas en una inmensa gemonía de vicios, dormían la pezadilla horrenda del esclavo: entre el negro cuadro de su realidad afrentosa se sucedían atropellados fantasmas blancos de una grandeza que pasó: entre tantos monstruos de crueldad encarnados en terribles bandidos lanzados á la tierra por Lucifer coronado en los infiernos infestaban el mundo encaramados sobre las gentes, pueblos y tribus del orbe. Los Harmodium y Aristógiton de los griegos, los Brutos, Catalinos y Escévolas de los romanos, ni siquiera soñaron á la libertad: fueron la explosión del odio y de la ira que encendió sus pechos ante la riza formidable que entre los hombres causaba la masa aferrada de sus verdugos. Aparecían éstos como esos negros nubarrones que amenazantes alzan un hosco turbión de nieblas caliginosas, y próximas á estallar en tronadoras ventallas sobre la raza aturdida de los hombres. El mundo moral era una hecatombe universal de las almas, como el mundo físico una carnicería general de los cuerpos. ¡Y sin pretenderlo, hacemos la historia de la humanidad!

Desnuda esta, fatigada, cansada y sin alientos; harapienta, leprosa y podrida, obtó mas bién el morir, y como el pródiigo culpable, por si acaso se compadeciere el Dios que la creó, se lanzó confiada en los brazos del divino Libertador del mundo, Jesu-Cristo. Por dicha, estabamos en la plenitud de los tiempos. Había enviado Dios á su unigenito Hijo. Él era la Verdad porque era el Verbo de Dios, y el Verbo era Dios: Él era la Libertad, porque la libertad es la Verdad, y la Verdad Dios. El tipo eterno del Angel y del Hombre fué la libertad en la verdad, y la verdad en la libertad: ved aquí la razón por que el hombre definido por el cristianismo, es el ser un ente verdadero y libre. El romano, el griego y el hebreo; el persa, el siro, el medo y el egipcio, el tártaro, el indio y el salvaje: el negro africano, el tostado asiático y el blanco europeo; el grande y el pequeño, el señor y el siervo; el flota, el paria y el esclavo, toda la humanidad, desde los ergástulos de la miseria hasta las cúspides de la fortuna, sin distinción de razas, clases ni gerarquías al soberano mandato del Autor de la

gracia, rompió unísono el himno eternal de la Libertad llamando á boca llena y con el derecho que da una causa divina: ¡Abba! ¡Padre! al gran Padre que tenemos en los cielos: *Pater noster qui est in cælis... et quo omnis fraternitas nominatur, sive quæ in cælis, sive quæ in terris sunt.* De quién y por quién nace toda fraternidad sea en los cielos, sea en las tierras.....

LLEGÓ entonces ese iustante suspirado por los siglos en que la Justicia y la Paz imprimieron reverentes un dulce beso en los labios del Salvador que las creó. Entonces esa Libertad reina del pasado, del presente y de lo porvenir, se cubrió esbelta, preciosa y bella con el manto de púrpura de la divina sangre, del que la hizo nacer en el calvario de su Corazón, honrará inpercedera de caridad ardorosa y de infinita vehemencia de amor. Esa libertad simbolizada en la libre Zaara y estereotipada en la Iglesia de Cristo Jesús, es la deidad salvadora que se guarda en el arca de la nueva alianza en el tabernáculo de los hijos del Dios-Hombre. La Religión, Sacerdotiza excelsa conserva como depositaria el tesoro, precio de la sangre de Dios: allí bajo las alas de los serafines ella vive y respira: *ubi spiritus Domini ibi libertas.*

NADIE se atreva á tocarla ni aun con el respeto de Oza por que morirá. La Iglesia es con Jesu-Cristo su solo dueño, y ningún profano ha osado hasta hoy robar una chispa sola de su fuego sagrado.—Señores, y este es un reto que lanzo al universo entero: Sin la Iglesia Católica no hubiera habido libertad; sin el divino Libertador Jesu-Cristo la humanidad estaría aún desflorada y sin dignidad. Esta Madre celeste de la civilización humana ha sacado al atrio de su templo el pendón de la libertad, y no han faltado hombres singularés, aun que atrevidos, que lo han hecho flamear sobre las naciones y los pueblos.....

Y aquí entro de lleno á esplicaros mi idea sobre la admiración que causa en el mundo la presencia de los héroes.

PERMITIDME: para ser héroe á lo divino, la libertad se da con la fé á las naciones; esta heroicidad es la del Apostolado: para ser héroe á lo humano, la libertad se la conquista entre el denso humo de las ambiciones, entre el fra-

gor tronante de las violencias, sobre el incendio de las pasiones y la sangre torrencial de las batallas. Cierto, es una libertad en imagen, pero es una libertad, bárbara. Desde luego comprenderéis que lo grande puesto en las manos del hombre se lo humilla, lo sagrado se lo profana, lo divino se lo envilece y se degrada; pues la aplicación de una medida por milímetros es una grave injuria y desacato á la sublime grandeza de la misión mas portentosa del mundo, la libertad. El lábaro de la cruz redentora y gloriosa personificación de la divina libertad, solo pudieron empuñarlo el gran Constantino sobre el paganismo romano, Teodocio sobre los imperios de Oriente y Occidente, el sublime Gedofredo sobre el sepulcro de Cristo, Alfredo sobre la raza sajona, Estevan sobre la Hungría, Carlo magno sobre la Europa, el magnánimo Juan de Austria sobre los Agarenos en Lepanto, Colon en un nuevo mundo, y á caso si hubiéramos sido un pueblo y no una pequeña tribu, García Moreno el grande. . . . ¡Oh! y ese lábaro se envolvió sobre su hasta y le vimos desaparecer en el azul sereno de los cielos. . . . No sabemos si descenderá otra vez, y cuando sobre la tierra. . . .

En cambio, algunos profanos ilustres han tomado la bandera con el nombre inscrito de la libertad, pero nunca la libertad misma. ¡De qué cosa, por sagrada que sea, no se abusa en este mundo, Señores! Esa bandera ha servido las mas veces, no para la redención de las naciones, sino de pabellón que cubriése el dosel ó el trono de su egoismo altanero, ó el orgullo de su efímera gloria. No salgamos del siglo ni de sus famosos campeones. Ved á Napoleón justamente llamado el grande, por haber pintado al vivo las locuras y formidables ambiciones del primero de los Césares romanos. Este rayo de la devastación, como un torrente de fuego se cernió desde las piramides del Egipto en Africa, las costas de Siria en Asia y todo el continente europeo, hasta los helados muros del Kremlin moscovita, formando á su paso una avalancha colosal de hórrida tormenta y convirtiendo la tierra en una vasta hecatombe de lágrimas, y de sangre. Al choque de sus armas cayeron los tronos, se rompieron los cetros y quedaron expuestos

en destrozados arapos las púrpuras y la majestad de los reyes. La mayor parte de los príncipes, en son de lacayos o limosneros del afortunado Capitán, le rodeaban en los patios de sus palacios ó le servían de guardia en torno de su tienda de campaña. Las alturas del poder cegaron á ese hombre, los humos de la gloria le ofuscaron el cerebro, su petulancia le volvió pesado é insoportable: caído no midió en su isla de Elba mas proporciones que la de su propia estatura, vara y tres cuartas escasas. El gran Conquistador tomó las formas de un pigmeo; ¿por qué? porque la Libertad no le dió misión ninguna en el mundo de los libres. Llebaba el pendón de la libertad como nena en sus agruras, pero llebaba su orgullo y ambición de déspota en la punta de sus bayonetas. Napoleón jamás será el héroe de la libertad, puesto que fué siempre el soldado de la opresión. Mirad á Wasingthon semi héroe, medio cristiano y medio herege, cual ese minotauro de la fábula, se vió arrebatado por el impetu de millones de corazones que pidieron é hicieron una patria libre, y tan libre, que pasó hasta los vallados del libertinage; y en este prodigioso movimiento, que semeja á un torrente de aguas desbordadas, en la que no era mas que una mónade, una molécula, se encontró con la opinión de que él había sido el torrente entero, no la gota: porque en este pobre mundo las mentes van á revez: lo pequeño es causa de lo grande, una parte engendra el todo. . . . Quiero decir que hay héroes de casualidad. Wasingthon fué á lo más un colono sajón honrado, como todo ingles. Al ser retirado del poder representó la línea gen de un Cincinato opulento, no pobre como el romano. Demos lugar á Bolívar, cuya memoria celebramos hoy. Genio vasto en la comprensión universal, sublime en la concepción, profundo en la investigación, alma de fuego, espíritu vehemente, voluntad de hierro, fuerza y constancia de Hércules, formaron de Simón Bolívar el campeón ilustre y el adalid glorioso de la libertad Sud Americana. Cristiano antes que hombre, subdito antes que ciudadano, siervo y colono antes que caudillo, recibió del cielo los lineamientos y la organización del héroe más estupendo que registrará la historia en muchos años, y acaso en muchos siglos.

glos. Envanezcámonos, Señores, y halaguémonos ante los destellos deslumbradores de su gloria terrestre. Es esta nuestra naturaleza: impresión por todo lo extraordinario: fáciles esclavos de la vanidad nos presentamos al misterio que ocultamente desenvuelven los hombres superiores.

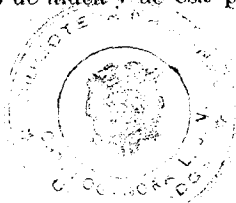
PAULO Emilio en el tumultuoso estrago de la batalla de Cannas, empapado de sangre, cubierto de heridas y desfalleciente sobre una piedra: "¡id, exclamó, á sus soldados, y decid al Senado que defienda el Capitolio y los muros de Roma." Antes de espirar este gentil heroico conagró á su patria el último cuidado. Talvez, Señores, el amor de la patria es el símbolo de la libertad, como la fijación divina de nuestro origen fue la tradición única de los pueblos. . . . Considerad ahora á Bolívar. Solo, aislado sin fuerzas ante la colosal empresa de libertar cinco repúblicas, en donde entrarían cómodamente cuatro Europas de territorio. Ese circo que abarcaba en sus radios las selvas del Orinoco, las estepas vacías de Bolivia, los bosques del Amazonas y las estendidas costas de los océanos de Colón y de Balboa, era un circo capaz de asustar, no digo á un atleta del de Trajano, sino de poner terror á un gigante. Grupos cortos de poblaciones aborígenes se interponían diceñados aquí y allá en las tierras de los Chibechos y de los Guacas. Millones de indígenas pululaban en las celvas natales; centenares mas eran y son aun los miserables ilotas de los amos, los colonos españoles; estos últimos estaban oprimidos por el yugo de la Metrópoli; al principio madre y por último madrastra de todos.

HABÍA que formar naciones, Bolívar las formó; ordenar pueblos, Bolívar los ordenó; organizar sociedades, Bolívar las organizó; crear Repúblicas, Bolívar las creó: darles autonomía propia, independencia, soberanía, Bolívar se las dio, y como corona de todas sus empresas la libertad, y Bolívar fue el autor de esta tarea propia de inmortalizar mil héroes, y quiso la Providencia que esos mil estuviesen inmortalizados en uno: ese es Simon Bolívar. Buscad un héroe que haya levantado con sus esfuerzos personales tanto otros destruyeron naciones, imperios y pueblos, des-

de que el mundo es mundo, y no lo encontraréis. Es que el genio malo de la devastación y de la ruina se encuentra en todos los siglos y en todos los tiempos; el Genio de bien y de la libertad es raro como es rara la aurora boreal en el mundo, donde el despotismo ha inculcado sus monstruos.

EN todo lo que va del siglo presente no veo figura más grande que la de Bolívar ni más venerada que la de García Moreno; el uno primogénito de la libertad civil gloria de la Patria; el otro primogénito de la libertad moral, sublime preza de la Religión. El uno y el otro tuvieron su cuna sombréada por el Lábaro de la Cruz civilizadora que planteo el inmortal marino de los siglos, Cristóbal Colón.—¿Qué es, Señores, de los demás héroes en nuestro concepto? ¿De quiénes me habláis? no os entiendo... De Napoleón tercero? os diré que ese aventurero fué un hijo de la gloria mundana de nuestro siglo y la vergüenza de la Francia de hoy. ¿Qué de Guillermo primero de Alemania? Os diré que como la mujer de Lohot, transformado en estatua de piedra, del Nestor de Pilos fue trasladado á la Europa para ser coronado de las ajenas glorias de Monsuffel y de Moltke. ¿Qué de Bismark, privado de los monarcas tontos de treinta años? Os diré que ese anciano canciller de hierro, está devorando en sus propios huesos el hambre de su escoria convertida en y tomadaya de orin.

¿Y qué me decís, yo también preguntaré á mi vez, de esos enjambres de socialistas, nihilistas, comunistas, masonistas, racionalistas, libertinos, diplomáticos, ateos, materialistas, sensualistas, y liberales que minan constantemente y por la redondez del orbe los solios y tronos del mundo? ¿Pertenece á la libertad? nó; son el descrédito hasta del mismo libertinaje. El vicio hoy ha llegado á avergonzarse de los viciosos, y no está distante el día en que la hidra popular ceda su corona y su cetro á sus favorecidos. El mundo entonces convertido en un caos moral, abrirá entrada triunfal al caos físico del universo. ¿) qué decís en la ínfima escala de nuestra infeliz vida sobre nuestros políticos de aldea y de esa pandilla de liberalillo



que salen de las tabernas, que pierden el seso y en un arranque de locura pueril, pasean en ovación su oscuro libertinaje, guindando con el gorro frigio del desorden la regia frente de la libertad, de la que blasfeman?.....

¡AH! ¡señores! toda esa masa de bandidos que infestan nuestro siglo, debieron nacer allá en las orgías del dios Sátiro de los idólatras, ó en los lupercales de Baco en el paganismo. . . . En nuestra sociedad son un baldón, un escarnio, la befa viviente de nuestra civilización y adelantos modernos.

CONCLUYO mi primera parte con esta reflexión. Sin moral no hay orden; sin orden no hay verdad; sin verdad no hay libertad: y moral, orden, verdad y libertad no existen sino por la Religión, que es el sello de lo grande. Os he probado que los héroes puramente humanos no pasan de ser sublimes bagatelas en el concepto de los hombres. .

II. Os he dicho, Señores, que la verdadera gloria del hombre no está en los principios ni en las acciones, sino en las consecuencias y resultados. La Religión bendice todo esto; pues en el gobierno de la divina Providencia el elemento mas pequeño sirve en el troquel del sacrificio de materia preciosa para entregarlo después á la admiración de los siglos. Bolívar apareció en el roce del mundo: como un Capitán desgraciado: en las manos de la Religión como un semi-dios de la patria y un mártir sublime de la libertad. Tenemos los mortales un privilegio tremendo é inaudito, y que hace de la tierra la execración del universo.—Desde que en funesta hora en que la eternamente maldita Jerusalem levantó deicida un hombro sacrílego en el peñasco del Gólgota, para que fuese el patíbulo infamante del Autor de la Vida, del Dios de la salvación y de la libertad del mundo; este nefando valle de injusticias recoge por herencia el ser verdugo nato y peremne de cuanto bueno, bello ó grande se presenta en su seno: ¡legado espantoso capaz de avergonzar al crimen y helarle la sangre! . . . Pero nó, Señores; allí donde acaba el crimen, allí empieza la Religión engrandeciendo é inmortalizando á los suyos. El sepulcro del hombre bueno es el semillero fecundo de los héroes. Allí está el gran Napoleón, allí el

libertador Simon Bolívar cristiano también. Voy á hacer un parangón de los dos al rodar ambos á la tumba.

Es tan canalla y tan vil el mundo que ríe con nosotros precio imbecil ante lo mas sagrado que hay en el hombre, sus últimos momentos. Acompañemos á estos grandes varones, Napoleón y Bolívar en la suprema exaltación de la vida. La perfidia y la traición cortaron á los varones las alas de estos dos genios, y como camareros de humillación los entregaron á la ingratitud que se había ganado en tenderles sus lechos de muerte, al uno en Santa Elena, al otro en Santa Marta: lechos desde donde pudieron ver ambos la inmensidad del océano, imagen poderosa de lo eterno, al que se despidieron con el empuje del agua regenerada por el perdón.—Sí, señores, el perdón es llanto expiatorio de los héroes con el que deploran sus grandes debilidades y sus grandes flaquezas sobre el cuadro mismo de sus glorias.—La fortuna humana no pienza jamás; se embriaga y sueña entre el humo de sus honores: la desgracia es la única sabia en el mundo: es esa noble lluvia del cielo que desciende á la tierra con los ojos arrasados de lágrimas para medir con la vara de la esperanza mortal á sus ínelitos proscritos. La Religión divina es autor y su dueño. Entramos en el criterio infalible de lo bueno y de lo grande. ¿Quién inspiró á ese asombroso Capitán del siglo, émulo de Annibal, y alzado como su gloria sobre los rudos peñascos de los alpes que le servían de pedestal, al declarar el destino que le diera el Altísimo sobre la Europa ante el ejército que intentaba su apoteosis Oidle: "os equivocáis, dijo á sus soldados; nada hay grande en mí: soy un vaso de vidrio en las manos de la Providencia, y seré reducido á polvo cuando plegue á Élla romperlo." Esto es ser grande, no solo á lo Atila, azote de Dios, sino inmensamente grande á lo cristiano. Napoleón había llegado á ser feliz como Salomón en la tierra; él mismo, acaso remedaba en mucho á la felicidad de Luzbel en los cielos. Los príncipes de Europa le servían de rodillo para inspirarle compasión por sus tronos; los otros monarcas aterrados ante la espada del Gedeón moderno, habían huido espantados de los campos de Wagram de Austerlitz.

de Jena. Lo más noble de la felicidad terrena, que es gloria, la había bebido, no á tragos, sino á torrentes: era mortal unido á un piélagos de grandesas y de honores. Embarago ese grande hombre supo despreciar esas pom- inútiles, y llorando como un niño de siete años, dijo lozante á sus lisonjeadores: "Sabed que no he sido yo z en mi vida más de una sola vez, el día de mi primera unión." El noble adalid que sabe consagrar un deli- so recuerdo á los tiernos años infantiles, en que Jesu- sto diviniza á la niñez con su carne y su sangre, el que uerda esto se va sobre el hombre; debería ser el Angel la cristiana grandeza. Seguidle en su lecho de muerte. nsesó con la majestad de un monarca la divinidad de sucristo; quiso morir en su fe, su testamento lo atesti- a. Separó indignado de su lecho imperial y aterrando incréduo Antomarchi, su médico, y fortalecido con los gramientos de la Iglesia, riudió el coloso su espíritu en anos de la Religión, brotando una leve espuma sobre sus oios. ¡¡¡Así parece la gloria humana!!!

Vamos á Bolívar. Recordad que la más amarga pesa- la de un héroe es la de tener émulos indignos de sus glo- s. . . .

Al recorrer la vida de prodigiosa actividad y de sacri- ios de este hombre extraordinario, es imposible prescin- de que hubo guardianes sin horror y salteadores sin dor. Parece, Señores, que el mal tiene necesidad de ci- zizarse un poco para que tenga el respeto que infunde lo ande en su caída.

El transformador potente de la tierra de Colón, el ge- o creador de cinco repúblicas soberanas que aún existen, organizador por excelencia de esas naciones que se bañan y en agua de rosas, y sueñan el hermoso sueño del por- nir en el blando regazo de la esperanza, no tuvo un mo- ento de reposo, un momento de gozo para sí, la obra in- ensa le costó el sacrificio de su libertad; y el gran Liber- dor fué el esclavo y víctima de su propio albedrío !Cuán cuesta el ser grande entre los malvados!

Habían trascurrido catorce años de combates y de iunfos: el terror y la alegría, el entusiasmo y la descon-

fianza, el temor, el desconsuelo, la esperanza, el frenesí, el despecho se agitaban enfurecidos entre el fragor y el humo de los campanentos. Carabobo, Boyacá, Pichincha, Junín y Ayacucho habían quedado como etapas en una tremenda jornada, de que allí estampara sus huellas su crueldad, el valor y la ferocidad sin ejemplo. Patria empapada de sangre y regada de lágrimas no es la mejor de las patrias: libertad que aparece iluminando un rostro por el fuego de los cañones y el tizne de la pólvora, no es genuina y verdadera libertad de los pueblos cristianos que son los únicos que la poseen. El noble Simón Bolívar lloraba sobre sus victorias, como Coriolano sobre la ciudad de Rómulo: es que este claro romano quiso ser más que un buen hijo para con su madre, que vengador de una patria desagradecida; y era que Bolívar en su conciencia bondadosa y tierno hijo de la Religión, prefirió el sentimiento filial del que llora á la de un héroe que se indigna y se venga. "No sé, exclamaba el grande hombre, no sé si he hecho un bien ó acaso un mal al fundar una patria libre, si es un bien lo debo á Dios, si un mal que me lo perdona. ¡Qué grandeza hay, Señores, en esta confesión, protestas sublimes del héroe cristiano. Así esta alma de fuego que recorrió como una centella iluminando con el brillo de sus victorias los horizontes de Venezuela, de Colombia, de Ecuador, del Purú y de Bolivia, se fué debilitando poco poco, talvez por el mismo ímpetu de su carrera! ¡Así esta lámpara inmortal que debía colgar perpetua bajo el cimborio del basto y grandioso templo de la Patria, fué paliando, diciendo, tomó en seguida el sangriento tinte del eclipse y la apagaron para siempre las negras manos de la calumnia, de la traición y de la perfidia! ¡Execración eterna sobre los autores y cómplices de ese crimen!... El héroe quiso tocar las cimas de la gloria para arrancar de allí la laurel con que ceñir la frente de la Libertad, quedando él como un simple ciudadano, y los bastardos hijos de la ambición y del egoísmo quemaron esa mano desinteresada creyendo que el gigante de los Andes ansiaba una corona de rey y un cetro de monarca para sí. Pretendió sintetizar á su vista el fruto de sus trabajos, dando unidad á sus

conquistas, y ya salteadores miserables y rateros habían slocado en su provecho las mejores posesiones de sus roezas. ¡Infames!: no le dieron siquiera al Genio el consuelo de satisfacerse en la contemplación de la grandeza de sus obras! Hasta hoy nadie ha sido infeliz por su propia gloria, y Bolívar y su gloria fueron lanzados á la veridanza é indignancia públicas. . . La mano del asesino atendió más de una vez tan preciosa vida: y ventura es para la América salvada por él, que en bárbara fiereza no finalizare la existencia de su Libertador, matándole de hambre en un calabozo, como lo hizo el carnicero Pueblo Rey con el infortunado Yugurta. . . No tenía dinero para retirarse lejos de una patria que le sirvió de oprobio, y acaso de verdugo. . . ¡Oh, Señores, el que así expía las grandezas y glorias humanas, no merece por su constancia y valor en el sufrimiento el nombre de héroe terrestre, es casi una especie de semidios en el mundo: y esa clase de divinización del hombre solo la produce la Religión. Sobre las quemadas arenas de Santa Marta y bajo un cobertizo dedicado á la caridad cristiana de un hidalgo español que le abrió su lecho, vedlo confesar sus delitos á un sacerdote; testifica que quiere morir en la fe de Cristo, y la mano herida de la muerte estinguió para siempre el brillo de sus apagados ojos, que reflejaban el cerebro de fuego en que prendió su centella el genio celeste de la grandeza.

Señores, concluyo. Tierra que condena á la picota al primero de sus héroes, Simón Bolívar, y al puñal del asesino al adalid más estupendo de los actuales tiempos García Moreno el Grande, merece por el primero ser maldito de la libertad y por el segundo maldito de la Religión.

Dios castiga con la esterilidad á las naciones que, como la parricida Medea de la fábula, destrozan las carnes de los hijos que alimentaron sus pechos de ramera.

Repúblicas Sud Americanas, ¿Qué os ha quedado de vuestras antiguas glorias? ¿qué se hicieron esos héroes magnánimos cuya virtud rodeó de honor la regia cuna de vuestro nacimiento á la libertad? ¿Por qué calláis? . . . Por qué se cubren de rubor vuestras frentes y claváis sobre vuestros niños los ojos. . . ? Fruto de la libertad es el or-

den, y vosotros vivís en un sempiterno desorden: fruto de orden es la moral, y desde vuestra carta fundamental hasta la última de vuestras leyes con que habéis llenado las arterias del cuerpo social son la ponzoña de las costumbres públicas: fruto de la moral es la Religión, ante cuyos altares os hicieron arrodillar con adoración vuestros mayores; y yo veo al desdén sonreirse secretamente despreciando á Dios: veo á la indiferencia de numerosas turbas abandonar con el cinismo de la incredulidad los santuarios de nuestros templos, y llenarse los puestos públicos y las magistraturas de rufianes que se burlan del catolicismo y de un aluvión de libertinos adoradores de la carne. . . . ¿Dónde está el árbol de oliva de la paz y el laurel de la libertad? ¡Ah! os habéis entretenido por treinta años que contáis de independencia en teger y tramar con los hilos de vuestras revoluciones, cambios y transformaciones frecuentes el gorro frigio del libertinage. . . . ¿Y qué es de vuestra Patria? Es una viuda desarropada é híbrida, sobre cuya cabeza encaucada por un dolor prematuro, habéis puesto para que le de sombra la higuera cubierta del follaje de vuestras trapacerías, y en todo semejante á la higuera infructífera y execrada por el Hijo de Dios en el Evangelio. . . . Si así se sigue, el precipicio está demasiado cerca para hundir esos pueblos en el olvido y en la nada.

Nuestro Ecuador y Colombia de hoy son inculpables aun diré, inocentes—Envueltos en la común desgracia les ha quedado siquiera el remordimiento del mal y la aspiración á lo bueno.

Termíno.—Solo Dios es grande! Á Él se rinda el honor, la potestad, el imperio y la gloria por los siglos de los siglos.

